ANEXO

TEXTOS EXPOSITIVOS

SAMUEL RAMOS

EL MEXICANO DE LA CIUDAD

El tipo que vamos a presentar es el habitante de la ciudad. Es claro que su psicología difiere de la del campesino, no sólo por el género de vida que éste lleva, sino porque casi siempre en México pertenece a la raza indígena. Aun cuando el indio es una parte considerable de la población mexicana, desempeña en la vida actual del país un papel pasivo. El grupo activo es el otro, el de los mestizos y blancos que viven en la ciudad. Es de suponer que el indio ha influido en el alma del otro grupo mexicano, desde luego, porque ha mezclado su sangre con éste. Pero su influencia social y espiritual se reduce hoy al mero hecho de su presencia. Es como un coro que asiste silencioso al drama de la vida mexicana. Pero no por ser limitada su intervención deja de ser importante. El indio es como esas sustancias llamadas «catalíticas», que provocan reacciones químicas con sólo estar presentes. Ninguna cosa mexicana puede sustraerse a este influjo, porque la masa indígena es un ambiente denso que envuelve todo lo que hay dentro del país. Consideramos, pues, que el indio es el «hinterland» del mexicano. Mas por ahora no será objeto de esta investigación.

La nota del carácter mexicano que más resalta a primera vista, es la desconfianza. Tal actitud es previa a todo contacto con los hombres y las cosas. Se presenta haya o no fundamento para tenerla. No es una desconfianza de principio, porque el mexicano generalmente carece de principios. Se trata de una desconfianza irracional que emana de lo más íntimo del ser. Es casi su sentido primordial de la vida. Aun cuando los hechos no lo justifiquen, no hay nada en el universo que el mexicano no vea y juzgue a través de su desconfianza. Es como una forma **a priori** de su sensibilidad. El mexicano no desconfía de tal o cual hombre o de tal o cual mujer; desconfía de todos los hombres y de todas las mujeres. Su desconfianza no se circunscribe al género humano; se extiende a cuando existe y sucede. Si es comerciante, no cree en los negocios; si es profesional, no cree en su profesión; si es político, no cree en la política. El mexicano considera que las ideas no tienen sentido y las llama despectivamente «teorías»; juzga inútil el conocimiento de los principios científicos. Parece estar muy seguro de su sentido práctico. Pero como hombre de acción es torpe, y al fin no da mucho crédito a la eficacia de los hechos. No tiene ninguna religión ni profesa ningún credo social o político. Es lo menos «idea-

lista» posible. Niega todo sin razón ninguna, porque él es la negación personificada.

Pero entonces, ¿por qué vive el mexicano? Tal vez respondería que no es necesario tener ideas y creencias para vivir... con tal de no pensar. Y así sucede, en efecto. La vida mexicana da la impresión, en conjunto, de una actividad irreflexiva, sin plan alguno. Cada hombre, en México, sólo se interesa por los fines inmediatos. Trabaja para hoy y mañana, pero nunca para después. El porvenir es una preocupación que ha abolido de su conciencia. Nadie es capaz de aventurarse en empresas que sólo ofrecen resultados lejanos. Por lo tanto, ha suprimido de la vida una de sus dimensiones más importante: el futuro. Tal ha sido el resultado de la desconfianza mexicana.

En una vida circunscrita al presente, no puede funcionar más que el instinto. La reflexión inteligente sólo puede intervenir cuando podemos hacer un alto en nuestra actividad. Es imposible pensar y obrar al mismo tiempo. El pensamiento supone que somos capaces de esperar, y quien espera está admitiendo el futuro. Así, la vida mexicana está a merced de los vientos que soplan, caminando a la deriva. Los hombres viven a la buena de Dios. Es natural que, sin disciplina ni organización, la sociedad mexicana sea un caos en el que los individuos gravitan al azar como átomos dispersos.

LA VICTIMA PROPICIATORIA

La víctima propiciatoria. El concepto de "víctima propiciatoria" procede del Antiguo Testamento. Periódicamente los pecados de una tribu eran transferidos con las adecuadas ceremonias a una cabra, que luego era conducida a un lugar agreste donde se le hacía sufrir por los pecados de los hombres.

La práctica de hallar una víctima para colocar sobre ella el baldón de nuestras desdichas y con ello hacerle objeto de nuestra agresividad es familiar. El niño puede vengarse en un ser favorito cuando es frustrado por sus padres o compañeros de juego. A Hitler le pareció conveniente acusar a los judíos de los males de Alemania; los industriales atribuyen a los sindicatos el alza de los precios; éstos censuran a los capitalistas el originar las depresiones económicas; los granjeros censuran a los políticos por los duros tiempos derivados de las malas cosechas. La "víctima propiciatoria" viene a ser un mecanismo de agresión desplazada.

¿Cómo entran los fenómenos de grupo en la selección de "víctimas propiciatorias"? En un análisis sobre este tema, G. W. Allport subrayó las cuatro características siguientes que hacen de algunas personas víctimas fáciles:

1. Los miembros del grupo que van a ser objeto de agresión tienen que ser fácilmente identificables. El color de la piel de los negros les hace mucho más vulnerables al ataque que si fueran blancos. Una diferencia perceptible es suficiente para favorecer la separación de la figura y del fondo y para servir como recuerdo de la posibilidad de diferencias entre el grupo interior y el grupo exterior. A veces la identidad es impuesta, como cuando Hitler exigió a los judíos que llevaran una insignia especial.

2. Los miembros del grupo exterior han de ser accesibles. El mecanismo del desplazamiento requiere que sustituyamos el blanco inaccesible por otro accesible. Cuando Hitler tuvo que buscar un enemigo a quien atacar antes de que Alemania se rearmara, se volvió contra los judíos que vivían en la nación.

3. Los elegidos como víctimas propiciatorias han de ser incapaces de tomar represalias. Si el agresor tiene miedo de que le van a castigar, se aleja y encuentra una víctima incapaz de devolver la agresión. En una situación autoritaria, el jefe puede ser responsable de gran parte de la frustración de los miembros del grupo. Pero el jefe se halla en una posición protegida y poderosa. De aquí que la agresión se dirija contra algunos individuos de menos importancia.

4. Las "víctimas propiciatorias" lo han sido, en general anteriormente. Las personas y las naciones suelen prepararse para justificar sus agresiones. El vulgar incidente provocador es muchas veces demasiado trivial, o la responsabilidad de la víctima propiciatoria demasiado remota para justificar la amplitud de la agresión, a menos que esté basada en un antagonismo anterior. Un incidente muy pequeño es a menudo la excusa para una nueva agresión, porque persiste una corriente oculta de hostilidad desde el pasado. El turco puede atacar al armenio, lo mismo que el japonés al coreano, en parte porque ya lo han atacado antes.

Si una comunidad quiere proteger a un grupo habitualmente elegido como víctima propiciatoria, además de invocar las sanciones usuales que protegen la libertad individual, es necesario que haga frente a las cuatro condiciones que se han señalado antes. Los cambios son cuestión de grado. Las características raciales que identifican a algunos miembros de un grupo son imborrables. Pero las costumbres en materia de vestidos y gestos que hacen diferentes unos grupos étnicos de otros se pueden modificar de forma que el grupo minoritario se adapte más a las prácticas del grupo dominante, con una consiguiente reducción en la distancia social.

La accesibilidad a los grupos-víctimas disminuye cuando lo hace la segregación. Los motines raciales en el norte de los

Estados Unidos han tenido lugar casi exclusivamente en ciudades en que existe un alto grado de segregación, como en Chicago donde la gente baja puede encontrar una comunidad negra que atacar. Los fenómenos de fronteras se agrandan cuando las fronteras son geográficamente visibles.

La ley debe aumentar la fuerza de represalia de las víctimas de la agresión. Podemos comprobar el mecanismo de desplazamiento sólo con realizar una agresión contra el grupo exterior punible del mismo modo que la agresión del grupo interior.

La cuarta condición es tratable sólo por medio de la educación. Cuantas más personas se den cuenta de la irracionalidad de la acción del grupo y de las injusticias cometidas contra grupos minoritarios, más resistirán los abusos futuros.

Hilgard, Ernest R.
Psicología social.

LA VIÑA

Virgilio

El poeta habla a los trabajadores de las viñas y de ellas les dice:

Mientras en su tierna juventud deja brotar sus primeras hojas, hay que cuidar de su fragilidad; y mientras, simple vástago aún, se inclina con toda alegría hacia las brisas, encaminándose sin frenos en el aire puro, no hay que herirla con el corte de la podadera, sino arrancar sus hojas con la punta de los dedos, aquí y allí, con atención. Más tarde, cuando sus sarmientos vigorosos, abundantes, abracen los olmos, entonces corta sus cabellos, entonces corta sus brazos; antes, siente miedo al hierro. Pero ha llegado el momento en que tienes que reinar como dueño tiránico y reprimir la exuberancia de su ramaje.

Hay, además, otro tipo de trabajo que te exigen las viñas, un trabajo que jamás se agota: pues cada año es menester labrar tres y cuatro veces el viñedo entero y romper continuamente los terrones con el extremo de la azada. Es un círculo de esfuerzos que sin cesar retornan; y el año vuelve, parecido a sí mismo, con sus propios caracteres. Y cuando, finalmente, hacia el atardecer, se han desprendido de la cepa las últimas hojas y el soplo frío del Alquilón ha arrebatado su corona a los bosques, ya debes estar trabajando en previsión del año que se acerca: la curva podadera de Saturno en la mano, sigue las hileras de viñas de aspecto desolado, pódalas y descortézalas.

Sé el primero en cavar tu tierra, el primero en limpiar tu viña, en quemar los viejos sarmientos, en atar las ramas a las estacas... y sé el último en vendimiar.

POESIA

Un niño me preguntó: ¿Qué es la hierba?, trayéndola a manos llenas,

¿Cómo podría contestarle? Yo tampoco lo sé.

Sospecho que es la bandera de mi carácter tejida con esperanzada tela verde.

O el pañuelo de Dios,

Una prenda fragante dejada caer a propósito,

Con el nombre del dueño en alguna punta, para que lo veamos y lo notemos y nos preguntemos, ¿de quién?

O sospecho que la hierba misma es un niño, el recién nacido de la tierra.

O un jeroglífico uniforme,

Que significa: crezco por igual en las regiones vastas y en las estrechas,

Crezco por igual entre los negros y los blancos,

Canadiense, piel roja, senador, inmigrante, a todos me entrego y a todos los recibo.

Y ahora se me figura que es la cabellera suelta y hermosa de las tumbas.

Te usaré con ternura, hierba curva.

Acaso hayas brotado del pecho de los jóvenes,

Acaso, si estuvieran aquí, yo los amaría,

Acaso hayas brotado de los ancianos, o de los niños arrancados del regazo de la madre,

Y ahora eres el regazo de la madre.

Esta hierba es demasiado oscura para haber brotado de los cabellos blancos de las madres ancianas,

Más oscura que las descoloridas barbas de los ancianos,

Demasiado oscura para haber brotado de sus pálidos paladares.

¡Ah! Percibo al fin otras tantas lenguas que hablan,

Y comprendo que no han nacido en vanos de esos paladares y de esas bocas.

Walt Whitman
Hojas de Hierba.

CIVILIZACION

UN HOMBRE MUERE en mí siempre que un hombre
muere en cualquier lugar, asesinado
por el miedo y la prisa de otros hombres.
Un hombre como yo: durante meses
en las entrañas de una madre oculto;
nacido, como yo,
entre esperanzas y entre lágrimas,
y —como yo— feliz de haber sufrido,
triste de haber gozado,
hecho de sangre y sal y tiempo y sueño.
Un hombre que anheló ser más que un hombre
y que, de pronto, un día comprendió
el valor que tendría la existencia
si todos cuantos viven
fuesen, en realidad, hombres enhiestos,
capaces de legar sin amargura
lo que todos dejamos
a los próximos hombres:
el amor, las mujeres, los crepúsculos,
la luna, el mar, el sol, las sementeras,
el frío de la piña rebanada
sobre el plato de laca de un otoño,
el alba de unos ojos,
el litoral de una sonrisa
y, en todo lo que viene y lo que pasa;
el ansia de encontrar
la dimensión de una verdad completa.
Un hombre muere en mí siempre que en Asia,
o en la margen de un río
de Africa o de América,
o en el jardín de una ciudad de Europa,
una bala de hombre mata a un hombre.
Y su muerte deshace
todo lo que pensé haber levantado
en mí sobre sillares permanente:
la confianza en mis héroes,
mi afición a callar bajo los pinos,
el orgullo que tuve de ser hombre
al oir —en Platón— morir a Sócrates,
y hasta el sabor del agua, y hasta el claro
júbilo de saber
que dos y dos son cuatro...
Porque de nuevo todo es puesto en duda,
todo
se interroga de nuevo
y deja mil preguntas sin respuesta
en la hora en que el hombre

penetra —a mano armada—
en la vida indefensa de otros hombres.
Súbitamente arteras,
las raíces del ser nos estrangulan.
Y nada está seguro de sí mismo
—ni en la semilla el germen,
ni en la aurora la alondra,
ni en la roca el diamante,
ni en la compacta oscuridad la estrella,
¡cuando hay hombres que amasan
el pan de su victoria
con el polvo sangriento de otros hombres!

Jaime Torres Bodet.
Veinte Poemas.

POESIA
Poesía, verdad, poema mío,
fuerza de amor que halló tus manos, lejos,
en un vuelo de junio pulió espejos
y halló en la luz la palidez, el frío.
Yo rebosé los cántaros del río,
paré la luz en los remansos viejos,
di órdenes a todos los reflejos;
Junio perfecto dio su poderío.
Poesía, verdad de todo sueño,
nunca he sido de ti más corto dueño
que en este amor en cuyas nubes muero.
Huye de mí, conviérteme en tu olvido,
en el tiempo imposible, en el primero
de todos los recuerdos del olvido.

Carlos Pellicer.
Antología Poética.

XXXI

¡Qué
pena
si este camino
fuera
de muchísimas
leguas
y siempre
las mismas
cuestas,
las mismas
praderas,
los mismos rebaños,
las mismas recuas,

los mismos pueblos,
las mismas ventas!...
¡Qué
pena
si esta vida
tuviera
—esta vida
nuestra—
mil años
de existencia!...
¿Quién la haría hasta el fin
llevadera?
¿Quién la soportaría toda
sin protestas?...
¿Quién lee diez siglos en la Historia
y no la cierra
al ver las mismas cosas siempre
con distinta fecha?...
Los mismos hombres,
las mismas guerras,
los mismos tiranos,
las mismas cadenas,
los mismos esclavos,
las mismas protestas,
los mismos farsantes,
las mismas sectas
y los mismos,
los mismos poetas...
¡Qué
pena,
qué
pena
que
sea
así todo siempre,
siempre de la misma manera.

León Felipe.

"NO ME CONTEIS MAS CUENTOS"

(M) Ya se han contado todos.
(M) Todos se han dicho y se han escrito,
(M) Y todos se han ovillado y archivado.
(H) Hay réplicas exactas de todas las tragedias,
(H) discos fonográficos de todas las salmodias,
(H) y placas fotográficas de todos los naufragios.
(T) Ningún cuento se ha perdido. Estad tranquilos.
(S) Todos se han registrado.
(S) Y todos están vivos todavía. Ahí pasa el pregonero:
(M) "¡Cuentos!... ¡Cuentos!... ¡Cuentos!...

(M) Es aquel viejo narrador de sombras y de risas
(M) que ahora pregona cuentos.
(M) Pero yo no quiero cuentos.
(T) No me contéis más cuentos.
(S) Yo no sé muchas cosas, es verdad.
(S) Digo tan sólo lo que he visto.
(S) Y he visto:
(M) que la cuna del hombre la mecen con cuentos...
(M) Que los gritos de angustia del hombre
los ahogan con cuentos...
(H) Que el llanto del hombre lo taponan con cuentos...
(M) Que los huesos del hombre los entierran con cuentos.
(H) Y que el miedo del hombre...
(T) ha inventado todos los cuentos.
(S) Yo sé muy pocas cosas, es verdad.
(T) Pero me han dormido con todos los cuentos...
(T) Y sé todos los cuentos.
(H) No me contéis más cuentos,
(H) que vengo de muy lejos
(H) y sé todos los cuentos.
(T) No me contéis más cuentos.
(M) Contad
(M) y recontadme este sueño.
(H) Romped
(H) Rompedme los espejos,
(M) deshacedme los estanques,
(S) los lazos,
(S) los cercos,
(S) las redes,
(S) las trampas.
(T) Y todos los caminos paralelos.
(M) Que no quiero
(M) que no quiero
(M) que no quiero que me arrullen con cuentos;
(H) que no quiero que me sellen la boca y los ojos
con cuentos;
(M) que no quiero que me entierren con cuentos;
(H) que no quiero verme clavado en el tiempo,
(M) que no quiero verme en el agua,
(T) que no quiero verme en la tierra tampoco,
(T) Quiero verme en el viento,
(T) quiero verme en el viento.
(M) Quiero. (H) ¡quiero! (M) sueño (H) sueño.
(S) Soy un hombre que sueña... y sueño...
(T) ¡verme un día volando en el viento!

LEON FELIPE